

## JORGE MAÑACH Y LO HISPÁNICO, UN ENSAYO DE VALORACIÓN

Bajo el nombre de hispanismo ha de entenderse no sólo cuanto se refiere a España dentro de su ámbito peninsular; esto es, el hombre y su quehacer constante en un tiempo y espacio determinados. Tal concepto indicaría una visión limitada de ese modo de ser o querer que es lo hispánico. Nuestro concepto abarca el otro ámbito, el americano, e incluye a ese otro protagonista, el del Nuevo Mundo, porque en definitiva como decía Mañach la Historia siempre se hereda. No se podría conocer la sustancia americana cabalmente sin tener en cuenta la historia española; tal desconocimiento conllevaría una apreciación falsa, equívoca y no menos distorsionada de lo americano propiamente dicho. La frondosidad del árbol es inequívoca consecuencia de sus invisibles raíces.

Jorge Mañach vio con nítida claridad esta relación; a ella dedicó no pocas meditaciones que constítuyen un grupo de ensayos de sólida y profunda meditación filosófica; son indagaciones incisivas de un pensador comprometido en la búsqueda de las causas y esencias de las cosas, sus raíces, y no mero expositor de lo aparential e intrascendente, la fronda.

Del mencionado grupo de ensayos destacan los titulados *Examen del quijotismo*, *El sentido trágico de la Numancia*, *Goya* y *Visitas españolas*. El último tiene el subtítulo de *Lugares y personas* y es una colección de piezas breves y directas sobre motivos conocidos de primera mano por el ensayista. Lugares como Santiago de Compostela, Ávila de los Caballeros, Guadalupe, Toledo, Tierras de Juan Ramón y otros escenarios importantes de la cultura española junto con la impresión viva de penetrantes diálogos con Azorín, Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, Dámaso Alonso, López Aranguren, Victorio Macho, Vicente Aleixandre y otros forman este rico conjunto de impresiones que publicó la Revista de Occidente en el año de 1960. El hombre español contemporáneo, ora científico, filólogo, artista, crítico o poeta interesó a Mañach en dimensión semejante al del barroco, que corresponde a ese período de la historia española tan rico en complejidades políticas de dominio universal como en recogimientos individuales del más puro misticismo.

El contenido de este trabajo se basa solamente en las consideraciones sobre *El examen del quijotismo*. En los protagonistas de la novela cervantina ve Mañach las raíces y las causas más profundas del *homo hispanicus*:

del análisis de don Quijote que es el personaje que más fascina a nuestro ensayista puede apreciarse con nitidez y claridad el devenir de la historia de España en sus momentos capitales y es que la personalidad del Caballero de la Triste Figura se vierte en las páginas del *Examen* con tal vivencia que el lector recibe la impresión que quien las ha escrito además de conocer a fondo la cultura española ha llegado a identificarse con el protagonista que da título al ensayo.

Destaca Mañach, entre otros, los siguientes aspectos en su análisis:

a) Íntima relación entre el quijotismo y las experiencias y posibilidades de los pueblos hispánicos. Hay una marca o señal en cada ente hispánico identificable con las acciones del poético personaje. El ente hispánico está vivo como ser poético.

b) El objeto-sujeto, Don Quijote, es una creación literaria tan vívida que se la puede tomar como suceso humano efectivo. Las páginas de la novela se identifican tanto con la vida misma que llegan a ser intercambiables.

c) Los protagonistas de la novela constituyen dos categorías vitales, quijotismo y pancismo, de sí antitéticas pero posibles como trayectoria en una misma vida. Don Quijote cobra la razón y Sancho tiene por realidades los mundos ideales que la imaginación del caballero concibe.

Mañach traza la personalidad del protagonista desde su prehistoria, desde sus raíces, y es que el vivir de Alonso Quijano no es un mero caso aislado de ser, sino un estilo, mejor dicho, el estilo de la castellanidad más notable: dice el ensayista: es «el típico caballero retirado de la época, retirado de la corte y sus trajines y vanidades, pero nostálgico de sus viejas empresas, y en él, la típica alma señorial de Castilla con su sobriedad austera (don Alonso ni siquiera es casado), su ritmo estoico de conformidad y legalidad, su cortesía inalterable y su celo de la propia honra». Tales rasgos identifican la pintura de Domenico Teotocopoulo titulada *El caballero de la mano en el pecho*, que cuelga de los muros del Museo del Prado. Bien parece que Cervantes immortaliza en las letras lo que el Greco representó en esa concepción contrarreformista de pinceles y óleos geniales. Ese modo vital de plena quietud y complacencia que hemos visto en nuestras visitas a los pequeños pueblos castellanos, impresión de algo detenido, estático, eternamente mismo queda trocada por la lectura de los libros de caballería. He aquí la causa de la metamorfosis de Don Quijote. Comienza entonces la trayectoria o movimiento pendular que va de lo real a lo espiritual y viceversa.

La exégesis de este dualismo idealista-pragmático está basada en la historia de España que precedió a la vida de Cervantes; historia de acciones y meditaciones, de hechos e ideas que en no poca medida definen a su principal protagonista.

El realismo como expresión del hombre español fue su propia vocación; lo concreto y real del poema de *Mío Cid* y el Romancero son ejemplos de esa actitud que en los años de transición del Medioevo al Renacimiento el genio de Fernando de Rojas plasmará en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, mejor conocida por *La Celestina*. En esta obra ya de sí compleja en su propio título, el ideal amoroso es suplantado por la presencia real, concreta y profundamente vital de la vieja tercera. Tres actitudes del arte español que más pesan y se definen por su humano realismo. El Renacimiento español con su polarización inmanentista pudo haber ganado para sí la victoria de lo real sobre lo ideal; el descubrimiento de América fue una hazaña totalmente española y los resultados de este hecho le otorgaban más de un motivo para llevar la vanguardia mejor que otra nación europea. Pero la reacción trascendente medieval y su menosprecio por lo empírico vino a interrumpir el triunfo definitivo del realismo; las *Danzas de la muerte* exponían a lo vivo la recompensa infernal y eterna para quienes se entregaban a las cosas del mundo y se desentendían de la piedad religiosa. Si este género religioso-literario floreció en el período medieval como advertencia ultraterrena, el propio Cervantes traerá de nuevo el tema en uno de los capítulos de la parte segunda de su famosa novela; el del encuentro con la carreta de la Muerte.

Los monarcas del Descubrimiento y sus sucesores, Carlos V y Felipe II en decisiones voluntarias cambiarán el curso de la historia moderna y se sumergirán en el pasado, en lo medieval, lo que es decir, la trascendencia del alma es la verdadera vida; la real o presente es la fase probatoria hacia la eternidad y el Siglo de Oro, en palabras de Mañach, «habrá de llevar la Edad Media dentro con todo su dualismo». Las centurias doradas serán escenarios de este dualismo, de esta antítesis de trascendencia e inmanencia del hombre español. Esta crisis halla en la inmortal novela su más firme expresión.

Don Quijote si bien quiere actualizar historias antiguas, las fábulas milesias o cuentos disparatados, en un mundo que se resiste a su aceptación por ser espacial y temporalmente diferente, no menos desea imponer su voluntad antes que para Mañach es «la vocación española misma de lo concreto y el temperamento de la raza que, como veremos, tiende a sentirse el ser como voluntad antes que nada...» Siguiendo esta idea conflictiva, esencial en el personaje, podemos ver con mayor claridad las

complejidades que se albergan en el mundo interior de Don Quijote. Lo concreto o voluntarioso en oposición a lo fantástico e ilimitado; he ahí las dos vivencias de este mundo; Mañach define esta complejidad así: «Sobrenaturalidad, proeza física, potenciación ideal del amor —tales son los alimentos de que se nutre el alma quijotesca. Columbramos ya por qué el quijotismo se nos manifiesta siempre como un gusto por lo extraordinario y una voluntad de vivirlo.»

Entre el ideal quijotesco y la fe religiosa existen semejanzas. Ambas aceptan la autoridad de la creencia como patrón de conducta; el soldado de Dios y el del ideal se desentienden del mundo de la experiencia, niegan autoridad de las cosas en su avidez espiritual de creer y nunca aceptarán los fracasos que el choque de los dos mundos tiene como resultado lógico. Esta actitud del caballero manchego, su hondo idealismo, la representa también Santa Teresa en su ferviente fe y en sus materiales fundaciones así como Felipe II con sus meditaciones escurialenses y el triunfo y fracaso de Lepanto y la «Invencible». Son expresiones de quijotismo o como dice Mañach, «que es siempre la suplantación de la experiencia por la fantasía; de lo que es, por lo que quisiera que fuese».

Toda forma poética entraña un sentimiento moral, sublime en cuanto permanece en el ideal pero que al hacerse realidad pierde su original carácter para convertirse en el polo opuesto de lo ridículo, de aquello que mueve a risa. Del personaje quijotesco brotan ambos mundos, el de la belleza sublime de sus ideas y el cómico de su conducta, complejidades contradictorias de un modo de ser. Así concibe visiones, mundos poéticos que le llevan a ver la realidad como engaño, algo que se opone a su concepción espiritual. Para Mañach la gloria del caballero está en que no es solamente una conciencia idealista, sino una voluntad que quiere actualizar esa conciencia; de aquí esa búsqueda constante de aventuras o desplazamientos del caballero y su escudero que da tanto dinamismo a la novela. Ya estamos en presencia de un temperamento, de una conciencia y una voluntad quijotesca o hispánica, que Mañach ve así: «Núcleo de todo un complejo de disposiciones y vivencias es ese extremo de la personalidad, característico del hombre hispánico. Entra por mucho en el predominio de la pasión sobre la razón..., en la arrogancia y sentimiento de la propia dignidad, en el miramiento de la honra y amor de la fama, en la valoración entrañable, más moral que política, de la libertad.»

A la fe y voluntarismo del caballero es preciso agregar otro elemento, el imaginativo. Es de notar la base espiritual en que ellos descansan: la fe hispánica, apasionada y enérgica, su firme voluntarismo y la intensidad imaginativa singularizaron la historia de España que le dieron esa hechura

vital de querer y creer. Las hazañas transatlánticas del Descubrimiento y Conquista y las personales que encarnaron Cortés, Pizarro y Valdivia, entre otros, cuentan como absolutismos plenos de fe, voluntad e imaginación; la propia personalidad cervantina en la contienda bélica de Lepanto, con sus consecuencias harto conocidas, ilustra bien los afanes del gran escritor, más ejercitado en el manejo de la pluma que en el de la espada, pero nunca remiso a empuñarla en los momentos que la fe **pegraba**.

Otro ingrediente de la personalidad quijotesca es la honra o reconocimiento ajeno de la elevada jerarquía del caballero; sin notoriedad sería difícil identificarle y sus acciones ejemplares no serían modelos a imitar ni musas a inspirar. Ahora, la honra vista así, guarda relación con la fama y la gloria que devienen en una forma de celo de la personalidad o personal suficiencia y arrogancia que, como piensa Mañach «es el núcleo de la valoración españolísima de la dignidad, cuyo mínimo miramiento en relación con los demás es la preservación del buen parecer: del decoro». Continúa Mañach: «Tan esenciales son estas vivencias en la hispana psicología, y tan peculiares de ella, que apenas se encuentra modo de traducir con exactitud a otras lenguas las palabras correspondientes de nuestro idioma.»

La dignidad personal de Don Quijote no se ejerce de un modo aislado sino en íntima relación con los demás; es un sentimiento generoso, compasivo si se quiere y hasta redentor y social. Deshacer entuertos y reparar injusticias es una de las causas que mueven a nuestro héroe a actuar siempre; las aventuras de los molinos de viento y los galeotes cuentan entre ellas. Este activismo ético integra al caballero de manera tan coherente que lo hace diferir de los héroes novelescos que le han hecho perder su razón. Nuestro ensayista ve una originalidad y un estilo propio en el quijotismo, que llega a poner en tela de juicio, discutible, el influjo total de los libros de caballería en nuestro protagonista.

Esta conducta ética tiene, sin duda, su base en el cristianismo. En España arraiga esta doctrina religiosa profundamente espiritual y trascendente desde las primeras centurias de su historia; el amor a la justicia y la caridad y el sentimiento de inmortalidad se cuentan entre sus básicos principios. La fe en una vida trascendente alimentó la historia nacional; en la fama y la gloria veía el Caballero de la Triste Figura una prolongación de su vida, porque sus hazañas serían cantadas pasados los tiempos como ejemplos virtuosos. Es ella la misma idea a la que se agarrará Unamuno con férrea pasión para calmar su agonía existencial; Mañach ha identificado lo unamuniano y lo quijotesco así: «Vinculó éste (Unamuno) el

quijotismo, como es sabido, a su personal filosofía, a ese especie de vitalismo místico y trascendente o de existencialismo metafísico que con tan viril angustia enardeció el alma española contemporánea y hasta quiso erigir ese sentimiento *agónico*, por la vía del quijotismo, en clave y privilegio de su raza.»

Otra dimensión del quijotismo es la utópica, esto es, la querencia firme de un mundo mejor. En el discurso de la Edad de Oro que Don Quijote pronuncia a los cabreros y en los actos de reparar entuertos vemos ese sentimiento de aspiración a otra clase de vida, diferente al precario, egoísta y mezquino mundo que envuelve a nuestro personaje; este utopismo es ingrediente del modo de ser que es el hombre hispánico; es una reafirmación en una idea que presenta escasas posibilidades de realización y se opone a la corriente de los tiempos. Lucha entre dos mundos, el ideal y el histórico; de aquí lo trágico del quijotismo y, no menos, lo heroico.

Mañach distingue entre conciencia e inteligencia en Don Quijote; de la primera nace el sentido del deber, la bondad, la misericordia, recuérdese la aventura de los galeotes; que hay en el personaje. La inteligencia no puede articular su conducta con la circunstancia y de este desconcierto entre conciencia e inteligencia nace el disparate aparente que es Don Quijote.

En las páginas que anteceden este trabajo, apenas se hace mención de Sancho Panza, el otro protagonista de la obra genial ¿qué papel desempeña para Mañach? Tal parece que este indagador del quijotismo ha elaborado su ensayo más inspirado en el idealismo de el caballero que en el realismo escuderial; la identificación es obvia. Sancho queda así identificado en el *Examen*: «Es que Don Quijote se rige por la conciencia, por el deber; Sancho por el instinto y le basta con el parecer. Así en todo. El amo es fantástico, valeroso, liberal, redentor y grave; el escudero, concreto, cobarde, aprovechado, contentadizo con su suerte y con la del mundo, hombre de gracia simple, popular y mostrenca. Don Quijote vive demasiado en el cielo y quiere demasiado en la tierra; Sancho, ni en la insula Barataria se cura de la nostalgia de lo pequeño y familiar, que es la aldea.»

Pero esta dualidad aparente en un análisis más profundo nos hará verla como dos polos que actúan al unísono en un mismo hombre y de esta dualidad está formado todo el género humano: «de generosidad y egoísmo, de rebeldía y conformidad, de conciencia y experiencia --en una palabra de lo quijotesco y lo pancesco», afirma Mañach. Piensa éste que al escribir Cervantes su novela, consciente o inconscientemente, defendía a toda costa el pensamiento del hombre, su libertad y su auto-

nomia, y lo desentendía de la esclavitud y sujeción a la comunidad empírica. ¿No pudiera verse en este modo de ser, llámese quijotesco o irreal, una forma de pensamiento platónico? Para el filósofo griego los universales por ser perfectos tienen una existencia metafísica; son ideas que si bien concebidas no pueden realizarse en el mundo de la experiencia por ser éste un mundo miserable, de sombras y reflejos.

Nuestro ensayista define el absolutismo como una forma de rigidez que llega a lo excesivo, una total discordancia del hombre y su mundo con el tiempo que le toca vivir. Es el persistir del individuo en su esencia originaria y un desentenderse de la evolución y cambio a que está sometido irrevocablemente el mundo. Existen no pocas semejanzas entre el quijotismo y este modo de ser, de clausura racional a la realidad; consecuencia de esta posición vital es esa diferencia entre su mundo íntimo y el circundante, pero siempre actuando recíprocamente; es la posición circunstancial de Ortega y Gasset, de la que nunca el hombre puede desentenderse.

La historia con sus dificultades y oposiciones sería menos áspera en la manera que todo idealismo quedase armonizado con la realidad. El quijotismo no puede aceptar esta lógica solución; ello sería su negación; y es que la esencia del quijotismo es el sacrificio y penar de su conducta invulnerable que pueda salvar el mundo de sus errores.

Para los racionalistas, el quijotismo podrá ser una forma de pensamiento anacrónico; para los idealistas, en cambio, una manera de guiar un precario existir en la certidumbre de una recompensa superior. Es lo que conlleva a una afirmación de lo espiritual sobre lo instintivo y material que hay en el mundo. Otra cosa no representa el quijotismo como símbolo anhelante.

Jorge Mañach en las páginas últimas de su indagación propone una forma ecléctica y armónica de reacción del hombre frente a la vida; aconseja a los que leen sus páginas en lo que pudiera llamarse una filosofía práctica de la vida, que se puede identificar con la razón vital orteguiana; pero en lo profundo de su ser nuestro ensayista tuvo que sentir el idealismo caballeresco con verdadero amor porque no pocas son las semejanzas en actitudes vitales entre el caballero universal hispánico y el ensayista cubano. Sólo nos resta preguntar, ¿serán las razones pascalianas del corazón?

MANUEL GÓMEZ REINOSO

*Dowling College*